

Las furias españolas



JOSÉ ANTONIO MARINA

1

Hace años descubrí que era incapaz de decir cuántos sentimientos hay en castellano. Se trata, sin duda, de un descubrimiento poco sorprendente, pero que a mí me sirvió para iniciar la redacción de un diccionario de los sentimientos. Por si acaso se les ocurre alguna vez una idea parecida, quiero advertirles que la decisión de hacer un diccionario implica graves riesgos, porque es un proyecto de tal complejidad que produce al mismo tiempo adicción y mareo.

A mí me interesaba estudiar cómo es la experiencia afectiva codificada en el idioma castellano. Cuántos sentimientos están lexicalizados, si forman un sistema ordenado o desordenado, si ha habido variaciones a lo largo de la historia de la lengua. Como filósofo también me interesaba averiguar si hay un saber plegado en el lenguaje, un saber verificable y accesible. Casi todo el mundo está de acuerdo en que lo hay. Ya Stuart Mill señalaba que “el lenguaje constituye un depósito del cuerpo de experiencias acumulado al que con su aporte han contribuido todas las edades pretéritas y, a la vez, es la herencia que dejamos a todas las edades futuras” (*A System of Logic*, I.IV, c.4). En este siglo, los filósofos del lenguaje natural pretendieron aprovechar este saber anónimo, poseído y, con frecuencia, tratado displicentemente.

Nuestro repertorio común de palabras —escribió Austin— encarna todas las distinciones que los hombres han creído conveniente trazar y todas las conexiones que han creído conveniente destacar durante la vida de muchas generaciones. No cabe duda de que es probable que tales distinciones y conexiones, puesto que han pasado el prolongado test de la supervivencia del más apto, sean más ricas, más sensatas y más sutiles que las que cualquiera de nosotros podamos concebir una tarde en nuestro cuarto de trabajo.

Por su parte, Chomsky habló del lenguaje como de un “tacit knowledge”.

Lo malo es que ninguno de estos pensadores ha hecho una investigación sistemática sobre un campo semántico, para ver lo que daba de sí. ¿Se puede elaborar una psicología del sentimiento basándose en la lengua? ¿Pero en qué lengua? Además, ¿son de fiar las experiencias codificadas léxicamente? Basta revisar el léxico del sol para darse cuenta de que no se corresponde con la verdad científica. El sol nace, muere, se eleva y se pone.

En fin, que escribir el diccionario se convirtió así en una empresa filológica, psicológica y filosófica, todo a la vez, donde se entremezclaban los más arduos problemas de cada especialidad. Lo más sugestivo del asunto es que exige meterse dentro del lenguaje, en esa selva espesa, llena de claros y de trampas, para ver lo que da de sí. Si al lector no le divierten las palabras, sus historias enredadas o las exploraciones inciertas, mejor es que deje de leer.

2

Uno de los problemas teóricos que tiene que resolver quien se empeña en escribir un diccionario es el de la significación de las palabras. ¿Pueden definirse? ¿De qué manera? No les voy a dar una exposición de semántica ni de lexicografía. Sólo quiero indicarles que hay un *significado psicológico* y un *significado ideal*. El significado psicológico de una palabra es hipotético. Sería el conjunto de rasgos semánticos capaces de explicar todos los usos de una palabra, incluso los metafóricos. Es difícil estudiar esos significados vívidos. Por ejemplo, ¿cuál es el significado del subjuntivo? Todos lo utilizamos, reconocemos su matiz semántico, pero sólo tras una reflexión sistemática descubrimos que es el tiempo de la irrealidad, de la posibilidad, de lo condicionado. Lo mismo sucede con todos los fenómenos lingüísticos. ¿Cuál es el significado de la palabra *mar*? Para Saint-John Perse, el mar era una presunción del espíritu, brillante en la mañana bajo la advocación falaz de la elocuencia.

Elaborar un diccionario vívido, psicológico, es enormemente complicado (ni siquiera los llamados diccionarios de uso lo

consiguen), por lo que se ha sustituido por un *diccionario ideal* donde se pretende dar una definición formal de la palabra. Para ello se la somete a un proceso de abstracción en el que se pretende conservar su esquema significativo. En los diccionarios del siglo XIX todavía se mantiene una concepción autobiográfica del significado, que resulta, claro está, muy divertida y poco técnica. En el *Diccionario nacional o gran diccionario clásico de la lengua española*, de Ramón Joaquín Domínguez, publicado en Madrid en 1846, obra de la que se hicieron 17 ediciones en los cuarenta años siguientes, se da la siguiente definición léxica de la palabra *don*:

Voz usada antiguamente antes del nombre apelativo de los príncipes y de los personajes más distinguidos de la encumbrada aristocracia; más tarde se hizo extensivo a todos los nobles y, por último, llegó a generalizarse en términos de que hoy se aplica indistintamente no sólo a aquéllos sino a todos los que vulgarmente se llaman *personas decentes*, hasta el extremo de llevar mal algunos el que no se ponga el *don* antes de su nombre de pila, y no un *don* como quiera, sino un *Don* con mayúscula, como *Don Pánfilo*, *Don Protasio*, *Doña Cucufata*, *Doña Policarpa*, etcétera, máxime si aquéllos gastan un pedazo de levita, frí, gabán, etcétera, o cosa parecida, aunque vendan fósforos, y éstas un *bosquejo* de mantilla con un pedazo de blonda, aunque vendan castañas.

Para iniciar la exploración había que empezar por alguna parte y revisar los diccionarios castellanos desde el escrito por Alonso Fernández de Palencia hasta los recién publicados; resultó un buen comienzo. Quise aprovechar la sabiduría ya elaborada en estas obras, compulsar sus definiciones, los desplazamientos que han sufrido a lo largo de los siglos y las redes semánticas que ellos elaboran.

No ha sido fácil descubrir una metodología apropiada. Me ha parecido que el mejor método era considerar cada sentimiento lexicalizado como una historia. Cada palabra es una narración condensada y no podemos comprender su significado sin conocer el argumento que cuenta. Hay palabras que parecen sinónimas cuando se las interpreta como título de un estado afectivo y que, sin embargo, al desplegar su contenido narrativo aparecen inequívocamente distintas.

Son muchas las razones que justifican esta interpretación narrativa del léxico sentimental pero sólo voy a referirme a tres de ellas. En primer lugar, psicológicamente los sentimientos son resultados de un proceso, por lo que la única manera de identificarlos y hablar de ellos es teniendo en cuenta los desencadenantes y las manifestaciones, es decir, el proceso completo. Una segunda

razón es que el lenguaje, como no podía ser menos, hace lo mismo y los diccionarios, al definir los sentimientos, tienen que dar, más que definiciones, breves guiones dramáticos. Por último, el despliegue léxico de las familias sentimentales muestra una estructura profunda, que es procesal. La misma raíz que designa el sentimiento (por ejemplo *amor*) da origen a un verbo de proceso (*enamorarse*), a otro verbo de acción (*amar*), a un rasgo de carácter (*enamoradizo*) y a un nombre de estado (*enamorado*).

Así pues, no es un capricho organizar un diccionario como un conjunto de historias, a veces enmarañadas. Tengo que advertir que se mezclan dos tipos de historia: la que cuenta la palabra y la propia historia de la palabra y de su evolución a lo largo de los siglos. Repito una vez más que sólo quien guste de los relatos, y, más aún, de las historias de enredos, está en buenas condiciones para internarse en la maraña sentimental. Para darles un ejemplo de estas historias lingüísticas, les voy a contar las de la *ira*.



3

Las historias de la ira forman parte de las historias del *malestar*. Un suceso produce en el sujeto un sentimiento desagradable, negativo, poniéndole en un estado del que quiera escapar, o cuya terminación anhela. Este marco narrativo tan amplio da lugar a

argumentos muy distintos. El que vamos a contar ahora comienza con un hecho desagradable en sí, o desagradable por su reiteración, que produce un tipo de *disgusto* acompañado de un movimiento, más o menos violento, contra el causante. Experimentamos un *enfado* o lo enfadoso de la situación.

Originariamente, *enfado* contaba una historia suave, de *cansancio* y *aburrimiento*. Aparece en 1558, con el significado de *hastío* y sólo mucho después adquirió el significado que ahora prevalece: alteración del ánimo que se manifiesta con reacción, ostensible o no, contra lo que la causa (María Moliner). Éste es uno de los rasgos característicos de esta tribu: las historias que cuentan sus familias son siempre *contra* algo. Hay otras tribus que tienen este mismo elemento en sus códigos genéticos, por ejemplo las del *odio* y la *agresividad*, lo que nos indica que son tribus emparentadas. El *enfado* cuenta la historia con pocos detalles. El argumento es un disgusto producido por alguien. Tiene la peculiaridad de poder darse con reciprocidad: dos personas pueden enfadarse mutuamente, carácter que no aparece en el resto de la tribu, porque la *ira* o la *cólera* son de dirección única: el ofensor *encoleriza* al ofendido. Es posible que la reciprocidad del *enfado* sea un resto de su antiguo significado, pues, en efecto, las personas podemos aburrirnos mutuamente con facilidad.

También significaba *aburrir*, *fastidiar* o *molestar* una palabra que siguió una evolución parecida a la de *enfado*. Me refiero a *enojar*. Su etimología, sin embargo, tenía resonancias más torvas. Procedía del latín *inodiare*, que a su vez derivaba de una expresión clásica y tremenda: *in odio esse alicui*. Odiar a alguien. Este ánimo virulento quedó amortiguado mientras permaneció en la tribu del *aburrimiento*, y lo recuperó en parte al entrar en la más turbulenta del *enfado*.

Porque, en efecto, esta tribu se va haciendo cada vez más agresiva y bronca, menos sentimental y más belicosa. Al organizar los relatos de sus distintas familias vemos un desplazamiento hacia la violencia, la crueldad, la locura y el odio. Las dos familias menos extremas son la *ira* y la *cólera*, que pueden mantener su compostura, cosa que no sucede cuando aparecen la *furia* y el *furor*, emparentados claramente con la locura y que, si pueden, desembocarán en una venganza cruel y desmedida, en la *saña* o *vesanía*. Pero si esa *furia* no se desahoga, acaso sea peor el remedio que la enfermedad, porque la *ira* tal vez se embalse, se *encone* y el sujeto, consciente de su impotencia, se *reconcome* de *rabia*. En ese caso, la *ira* envejece, se enracia y *cronifica*, convirtiéndose en *rencor*, que se define como *ira envejecida* y, por último, en *resentimiento*, con lo que hemos entrado de hoz y coze en la tribu del *odio*.

4

De todas las familias empadronadas en esta tribu solo hay dos aparentemente gemelas, es decir, sinónimas: *ira* y *cólera*. Ambas cuentan la misma historia: la acción de un sujeto libre, que podría haberla evitado, perjudica al protagonista de la historia, que la interpreta como *ofensa*, *agravio* o *menosprecio*. El protagonista,

nos dice el léxico, al experimentar el comportamiento irritante de otra persona puede *encolerizarse*, *airarse*, *molestarse*, *ofenderse*, *picarse*. Cualquiera de estos verbos conduce a la misma situación, el *enfado*, que si es muy violento se convertirá en *ira*.

Quiero detenerme un momento en un verbo muy curioso: *ofenderse*. ¡Qué palabra tan absurda! Me ofende el ofensor. ¿A qué viene, entonces, ese reflexivo? No es propiamente un reflexivo, sino un ejemplo de la misteriosa voz media. El sujeto ofendido *se da por ofendido*, y en ese acto de reconocimiento en que se siente afectado por la ofensa, *se ofende*. La voz media significa que el sujeto se reconoce escenario de la acción.

La historia de la *ira* continúa expandiéndose. Ofender significa hacer daño, afrentar o agraviar. “Agravio es la sin razón que se hace a alguno y sin justicia. Agravado es el que recibe de otro injuria” (Covarrubias). El desencadenante de este sentimiento se va precisando. Cualquier suceso puede enfadar pero tradicionalmente la *ira* se ha considerado desencadenada por acontecimientos más precisos, por ejemplo, las injurias. Tomás de Aquino recoge una larga tradición cuando, para distinguir la *ira* del *odio*, dice: “El motivo de la *ira* es la injuria, mientras que el motivo del *odio* puede ser cualquier mal.” En otro texto muy curioso distingue la *ira* racional de la *ira* irracional, y lo explica diciendo que ésta, la animal, puede ser disparada por cualquier daño, mientras que la *ira* propiamente humana tiene como motivo formal la injuria, el *desprecio* o el vilipendio. Alguien nos *hace de menos*, nos *desprecia*.

El paso del desencadenante —la *ofensa*— hasta el sentimiento —la *ira*— está léxicamente muy claro. Hay, por supuesto, verbos de proceso —*airarse*, *encolerizarse*— pero esto no es suficiente. En el sujeto puede haber una predisposición a responder a la ofensa con la *ira*: puede ser *inacundo* o *irascible*. El castellano tiene un rico inventario de rasgos caracteriológicos propios de esta tribu. El protagonista del *enfado* y de todas sus familias puede ser *susceptible*, y tener una “propensión a sentirse ofendido, maltratado y a interpretar lo que se hace o se dice como ofensivo o demostrativo de falta de estimación” (María Moliner). El vocabulario de esta propensión es abundante y muestra cierto tonillo peyorativo: *apitonado*, *cosquilloso*, *picañoso*, *pulguillas*, *puntilloso*, *quisquilloso*, *rencilloso*.

Es posible que, a pesar de la rapidez con que irrumpe en la conciencia, la *ira* sea un sentimiento de segundo nivel, o el segundo acto de un drama. El primero sería la percepción de un daño, que motivaría, tras la interpretación correspondiente, la aparición de la ira. Esto se ve claro en los casos de *enfado* lento, que también están recogidos por el diccionario. Por ejemplo, *hartarse* es “sentir enfado por la pesadez o repetición de cierta cosa” (María Moliner). Algo semejante designa la palabra *calentarse*, que designa los ánimos enardecidos, que se van excitando, cada vez más cercanos al punto de explosión.

Ya tenemos pues al protagonista que, movido por su propensión, por la magnitud del agravio o por su reiteración siente una irritación violenta, acompañada frecuentemente de manifestaciones físicas. Tomás de Aquino lo expresaba con una frase curiosa: “La ira es apetito de venganza con incandescencia del cuerpo.”

En efecto, esta irritación ardiente tiene como característica esencial el estar dirigida *contra* el responsable del daño o, a veces, contra cualquier sujeto u objeto vicario. En la antigua definición Alonso de Palencia la considera: “la pasión destemplada que arrebató el ánimo para luego punir a otro”. Es, pues, un sentimiento inquieto que *arrebata, enciende, inflama* al sujeto, que siente la necesidad de *desfogarse, desahogarse*, es decir, “exteriorizar violentamente su estado de ánimo” (María Moliner), y con ello apazarse como lo hace la cal viva.

5

En la historia que he contado podemos sustituir *ira* por *cólera* sin que se note ninguna diferencia, por lo que es válido suponer que son sinónimos, aunque, por supuesto, no lo fueron siempre. El léxico de una lengua sufre un doble proceso de ampliación y contracción. Surgen nuevas palabras que introducen mayor precisión en el análisis, o mayores posibilidades estilísticas, y en cambio otras que significaban cosas distintas acaban convirtiéndose en sinónimos. La palabra *cólera*, procedente del griego, significaba *bilis*. En la antigua doctrina médica, el temperamento de cada hombre estaba determinado por la mezcla de los cuatro principales humores: bilis (jolé), sangre, flema y bilis negra (melanos jolé). El predominio de cada uno de estos humores daba lugar a un carácter: colérico, sanguíneo, flemático y melancólico. Galeno interpretó caracterológicamente la doctrina cosmológica de los cuatro humores, y en el siglo II d. C., o en el III como muy tarde, la caracterología estaba ya consolidada. A esta época pertenece tal vez el libro *De la constitución del universo y del hombre*, donde se explica con claridad la relación entre humores y caracteres:

¿Por qué unas personas son sociales y ríen y bromean, y otras son malhumoradas, hurañas y tristes, y unas son irritables, violentas e iracundas, mientras que otras son indolentes, irresolutas y apocadas? La causa está en los cuatro humores. Pues los que están gobernados por la sangre más pura son sociables, ríen y bromean, y tienen el cuerpo sonrosado, de buen color; los gobernados por la bilis amarilla son irritables, violentos, osados y tienen el cuerpo rubio, amarillento; los gobernados por la bilis negra son indolentes, apocados, enfermizos, y, con respecto al cuerpo, morenos de tez y pelo. Pero los gobernados por la flema son tristes, olvidadizos, en lo que se refiere al cuerpo muy pálidos.

En los prototipos que la tradición troqueló se consideró que el colérico era irascible, ingenioso, audaz, impetuoso, insensato y muy comedor. Para Galeno son “dados a la acción, fogosos, rápidos, violentos, toscos, audaces, desvergonzados y tiránicos en sus costumbres, porque son tan irascibles como difíciles de aplacar”. En esto último no estaban de acuerdo todos los autores porque en el *Sapientia Artis Medicinae*, se lee que son “fervidi in ira et celerius declinant”. “Vehementes en la ira y aún más rápidos en cambiar.” Recoge, sin embargo, una característica que ya conocemos: son, dice, de tez amarillenta.

Esta apresurada referencia histórica viene a cuento porque, aunque el lenguaje actual no los conserva, hemos encontrado rastros de esta historia en los diccionarios antiguos. Cólera e ira no se podían confundir porque aquella era la causa fisiológica de ésta. Según Palencia: “Cólera es desbordamiento de la hiel.” Según Covarrubias: “Cólera tórmase algunas veces con la ira, por cuanto es efecto de la cólera. Colérico es fogoso o acelerado.” Según *Autoridades*, cólera significa “por analogía ira porque ésta comúnmente procede de humor colérico”. Todavía en 1784, Terreros escribe: “Colérico, que es bilioso, fogoso y pronto contra lo que le desagrada.” Estas diferencias se han perdido en la actualidad, y ambas palabras pueden considerarse sinónimas. Hay, sin embargo, algunos modismos exclusivos de una de ellas. Por ejemplo, se dice *montar en cólera* y no *montar en ira, furia o rabia*. Otro más curioso es el de *cólera fría*, que no se usa respecto de la ira, a la que sin embargo se reconoce, a veces, como *ira sorda*. Los diccionarios del siglo XIX, que eran prolijos en sus descripciones relacionaban la ira con el color rojo —se encendió de ira—, pero no así la cólera. Tal vez es una pervivencia, ya casi inconsciente, de la faz amarillenta/biliosa que tuvo tradicionalmente el colérico.

6

El *despecho* y la *indignación* nos cuentan otras historias. Ambas son también irritaciones violentas y buscan la revancha, y aunque han sido muchas veces confundidas con la ira, las diferencia el desencadenante. El despecho es una historia que comienza con el desengaño y la frustración. Domínguez lo relaciona con la envidia y define el despecho como “pesar de que otro sea preferido, le aventaje a uno, se luzca y arranque aplausos humillando al émulo”. La palabra procede de *despectus* (desprecio) y en varios diccionarios se pone en relación con el fracaso en los empeños de la vanidad. Otros —por ejemplo el *Diccionario de autoridades*— lo relacionan con la desesperación y ciertamente hay algo más intenso, profundo y terrible en el despecho que en la ira. Covarrubias también se refiere al despecho como “un cierto modo de desesperar”. El despedido es infeliz, dicen los ilustrados redactores de *Autoridades*. Creo que es su relación con el desengaño lo que carga de tragedia a esta palabra.

En efecto, la historia de un desengaño es la historia de una doble pena: la de haberse engañado y la de haber salido del engaño. A lo largo de la historia de la lengua el desengaño va adquiriendo mayor pesadumbre y hemos acabado por admitir tácitamente que, puesto que el desengaño es tan triste, sólo en el engaño puede encontrarse la felicidad. María Moliner precisa: “Se usa mucho en plural refiriéndose a los recibidos en la vida que van creando amargura.” Bajo esta influencia, el desprecio aparece como una cólera desesperada, infeliz y amarga, predispuesta a tomar la revancha o a hacer algo irrazonable. Sobre esta sinrazón volveré más tarde.

Si el despecho era la manifestación trágica de la ira, la *indignación* es su forma generosa y moralizadora. Generosa porque,

como ya señalaron Descartes y Spinoza, la indignación puede relacionarse con el mal realizado a otro. Moralizadora porque el desencadenante suele ser algo injusto. Domínguez la relaciona con el “desprecio hacia el objeto indignante” y, si tenemos en cuenta su parentesco con *indigno* o *indignidad*, es fácil ver la totalidad ética dada en esta nueva historia del enfado.

7

Ya he dicho que las palabras que designan sentimientos nos cuentan una historia condensada. Hasta ahora sólo he mencionado los desencadenantes, pero otro aspecto que introduce variaciones en el léxico son las expresiones y manifestaciones del sentir. El despecho, esa forma colérica de la desesperación, actúa irracionalmente, según los diccionarios. Las historias que voy a contar ahora tienen también el desmelenamiento violento de la sinrazón. Me refiero a la *furia*, el *furor*, la *rabia*, la *saña*. Todas ellas son historias apasionadas e interesantes, que pueden comenzar como las historias anteriores, con una ofensa, frustración, desengaño, desprecio o injusticia, pero que añaden una forma violenta de enfrentarse contra el culpable, o contra cualquier obstáculo. Esta violencia las enlaza con la *impetuosidad* y también con la *agresividad*. Los etólogos y los antropólogos se han percatado de que la ira y la agresividad se confunden fácilmente. Para acabar de enredar la madeja he de advertir que la agresividad es una de las manifestaciones del miedo. Hay un miedo huidizo y un miedo acometedor. En este caso el peligro ofende, irrita, enfurece al amenazado, que en vez de huir, agrede. Como veremos en su momento, el miedo acometedor se distingue difícilmente de la valentía. El castellano no podía dejar de tener en cuenta esta relación, y el léxico señala la proximidad entre el valor y la ira, por ejemplo, mediante la palabra *coraje*.

Coraje es un estado de ánimo violento, producido por algo que nos contraría y que podría haberse evitado. Para Covarrubias significa *ira violenta*, pero este significado se ha diluido, hasta el punto de que sólo queda constancia de él en la expresión familiar *me da coraje*, donde tiene un significado cercano a *rabia* o *rabieta*. En cambio, para compensar este empequeñecimiento, ha adquirido mayor intensidad su significado de “actitud decidida y apasionada con que se acomete al enemigo o se arrostra una dificultad o un peligro”.

Esta enérgica acometividad la tiene también *furia*, cuya historia es la siguiente: una acción produce en el sujeto un movimiento grande de ira que se manifiesta en una gran agitación exterior, en una “prisa, velocidad, vehemencia”, dice Domínguez, y en una pérdida de dominio. Una de las situaciones en que esta furia se manifiesta es el ataque o la batalla, por lo que pasó a significar “ímpetu o violencia con que se ataca una cosa”.

Los sentimientos lexicalizados suelen tener, como un rasgo más de su significado, una evaluación social, que en este caso aparece especialmente complicada. La ira ha sido mal considerada por los moralistas, mientras que el valor es universalmente apreciado por ellos. Al relacionarse ambos en la furia

y otros sentimientos próximos, se les planteó un serio problema teórico.

La valentía más natural —escribió Aristóteles— parece ser la que es movida por el brío cuando se le añaden elección y finalidad. Los hombres, ciertamente, sufren cuando están irritados y se complacen cuando se vengán, pero los que luchan por esas causas son combativos, no valerosos, porque no lo hacen por una causa noble ni según razón, sino por apasionamiento. Tienen, sin embargo, alguna afinidad con aquéllos. (EN. 1117a.)

Séneca, en su tratado *De la ira*, critica la condescendencia del filósofo griego: “La ira, dice Aristóteles, es necesaria, y no



puede expugnarse fortaleza alguna si ella no hincha nuestro pecho y enardece nuestro coraje; mas hay que usar de ella no como de capitán, sino de soldado.” Lo cual es falso, pues si se escucha la razón y sigue dócil por el ánimo por donde se la conduce, ya no es ira, cuya característica es la de rebeldía. Continúa Séneca dando vueltas al asunto y hace frente a un objetor que le dice: “Pero en presencia de los enemigos la ira es necesaria.” El filósofo responde: “Nunca lo es menos que entonces, cuando el arrojo no debe ser inconsiderado y suelto, sino templado por la disciplina.”

Tomás de Aquino intentó conciliar los aspectos positivos y negativos de la ira. “El valiente —dice— hace uso de la ira en

el ejercicio de su propio acto, sobre todo al atacar; porque el abalanzarse contra el mal es propio de la ira, y de ahí que pueda ésta entrar en inmediata cooperación con la fortaleza" (II-II, 123, 10a. 3). Menciono este asunto sólo para mostrar al lector que, para mayor complicación, el léxico sentimental se introduce en la ética.

8

La historia del furor es ligeramente distinta, porque subraya más claramente el aspecto de locura y arrebató. *Autoridades* lo define: "En su riguroso significado vale por locura confirmada, enajenación total de la mente." De ahí que el furor pueda tener como causa no sólo la ira sino también la excesiva pasión de amor, como dice Palencia. Covarrubias también habla de "furor poético, un arrebatamiento del poeta, cuando está con vena y su imaginación se levanta de pronto. Furor divino, el que fingían agitar a las sacerdotisas y pitonisas del dios Apolo, siendo el demonio el que se apoderaba de ellas".

La palabra *furor* es un ejemplo de las dificultades que presenta la ordenación del léxico sentimental. La definición clásica por géneros y diferencias específicas no es útil, porque no parece que el mundo afectivo esté categorizado de esta manera. En muchas ocasiones nos vamos a encontrar con conceptos que pueden considerarse géneros con sus especies correspondientes, o especie de otro género. Por ejemplo, podemos considerar que furor es una especie de ira o, por el contrario, considerar que la ira es una de las especies de la locura. También podemos considerar la envidia como un género autónomo o definirla como una especie de la tristeza, a la manera tradicional. Esto nos hace pensar que los sentimientos sólo pueden ser descritos. La diferencia entre una definición lógica y una descripción es que en esta última los rasgos no están ordenados de una forma tan rígida y jerárquica como en las definiciones. De acuerdo con los intereses del definidor se pueden subrayar rasgos descriptivos distintos, sin faltar a la verdad.

El furor ha seguido las mismas peripecias que la locura: ambos pueden ser juzgados como positivos o negativos. Por ejemplo, Domínguez describe el furor como

la situación más ardorosa y agitada, más fuerte, llena de vida y de animación en un estado, época, edad, estación, durante una acción cualquiera (en el furor del combate, de la juventud, de las pasiones, etcétera). Figura por exageración, el gusto desmesurado, la pasión, el delirio por ciertas artes, por uno o varios de sus productos o por alguna cosa ideal o material (furor bélico, religioso, etcétera).

El *Panlético* nos proporciona otro rasgo: "Si sus acciones tienen un punto de contacto muy próximo con las bestias feroces, entonces el furor toma forma de rabia." También en esta palabra encontramos la atención centrada en el comportamiento. "Estar tocado del mal de rabia es estar dominado o poseído de alguna pasión vehementísima, frenética, desaforada." Además

significa un dolor intensísimo. Todas estas manifestaciones violentas y arrebatadas se han amortiguado y en la actualidad rabia implica "un sentimiento de aversión hacia una persona o cosa" (María Moliner). Los verbos con que se utiliza nos dan indicaciones interesantes. Se dice *coger rabia a alguien*, *tener rabia*, verbos muy distintos de los que nombran las manifestaciones de la ira: arrebatar, inflamar, invadir. El uso del verbo *coger* en el ámbito sentimental subraya la actividad del sujeto en un campo pasivo, como debía ser el de la pasión. Esta anomalía, por la que algo que debía ser soportado es elegido, da un aire caprichoso a los sentimientos que se cogen: manía, antipatía, rabieta, berrinche, cabreo.



Todas las familias que estamos estudiando se dirigen contra alguien, razón por la que estuvieron ligadas tradicionalmente a la venganza. La acción, que hemos visto desplegarse en la furia, el furor y la rabia, puede ir más allá de lo proporcionado y teñirse de crueldad. El sujeto se ensaña.

9

Hasta este momento las historias del enfado han tenido dos líneas argumentales. La primera nos contaba la aparición de los sentimientos de ira y cólera. La segunda contaba el segundo acto del proceso, el desahogo furioso, rabioso o sañudo. Pero,

¿qué ocurre cuando la ira no se desahoga? ¿Qué sucede si el encolerizado no puede dar rienda suelta a su furor? En ese caso, según el diccionario, la ira se mantiene embalsada y si el olvido o el perdón no obran como láudano benefactor, la ira puede mantenerse, si no es muy intensa, como *resquemor*, pero con el normal peligro de supurar, de enconarse. Se convierte entonces en *rencor*, que es, como dice Covarrubias, "enemistad antigua e ira envejecida, que en latín se dice odio". En el recorrido sentimental de la ira llegamos a un campo distinto, más frío y torvo, que es el odio.

Últimamente la filosofía se ha interesado mucho por el *resentimiento*, que se relaciona directamente con el rencor y con el odio. Max Scheler nos ha dado una perspicaz descripción de ese sentimiento. El punto de partida es el impulso de venganza, que es un impulso reactivo, precedido siempre por un ataque o una ofensa. Pero lo importante es que el impulso de venganza no coincide, ni mucho menos, con el impulso a contraatacar, del que se diferencia aun cuando esta reacción vaya acompañada de cólera, furor e indignación. Cuando un animal herido muerde a su agresor, esto no puede llamarse venganza. Tampoco lo es el contraataque inmediato a una agresión. Dos caracteres son necesarios para la existencia de la venganza: un refrenamiento y detención momentáneos del impulso, y un aplazamiento de la reacción. Este refrenamiento, empero, es debido a la previsora consideración de que la respuesta inmediata sería fatal. Un acusado sentimiento de impotencia va enlazado con esta consideración. La venganza en sí es, pues, una vivencia de la impotencia. "El resentimiento sólo aparece allí donde la furia va acompañada del sentimiento de impotencia para traducirse en actividad, y entonces se encona."

10

Quien se mete en la complicada tarea de escribir un diccionario se tropieza antes o después con el problema de la traducción. Parece que el caso de la ira no plantea grandes dificultades porque el referente está claro. La mayor parte de los psicólogos admiten que la ira es una de las emociones universales. Sin embargo, leo que mi admirada Anne Wierzbicka, una gran especialista en semántica, sostiene que la ira —ella usa el término *anger*— no es una emoción universal, sino una de las variantes posibles de una emoción universal. Lo que Wierzbicka quiere enfatizar es que no se puede tomar un léxico —el inglés o el castellano— como patrón de un sentimiento universal.

Pone como ejemplo que el término ilynót *liget*, y el ifaluk *song*, según Rosaldo y Lutz, no significan esencialmente lo mismo que *anger*, aunque puedan traducirse aproximadamente por *furia*. La furia de los ilynót —*liget*— parece ser mucho más intensa que la nuestra, y su expresión mucho más violenta. Pero quitando esas dimensiones cuantitativas creo que su furia y la nuestra parecen trabajar de la misma manera. Ellos, como nosotros, se ponen furiosos cuando se sienten frustrados y, como nosotros, reprimen su furia en determinados contextos sociales.

Wierzbicka, en cambio, piensa que las diferencias son cualitativas y que se trata de conceptos distintos. *Liget* tiene un carácter competitivo relacionado con la envidia y la ambición, referencia que no está implícita en la ira. Además señala que la ira implica un sentimiento negativo hacia otra persona, lo que no sucede con *liget*. Sin embargo, esas características de *liget*, que son intraducibles con la palabra *iralanger*, me recuerdan la expresión *furia española*, que es una agresividad deportiva que no tiene por qué ir acompañada de malos sentimientos.

La palabra ifaluk *song* tampoco puede traducirse exactamente por *anger*. *Song* es un sentimiento que responde a una mala conducta de alguien. El ofendido la manifiesta con el fin de cambiar la conducta del ofensor. Es, pues, una furia justificada. Se parece a *anger* por su desencadenante pero se diferencia en que se dirige hacia la otra persona por un camino indirecto. El ofendido puede dejar de comer o incluso intentar suicidarse para conseguir que el culpable se dé cuenta de la maldad de su acción. Como último ejemplo cita la palabra polaca *ziosc*. No tiene ninguna connotación moral. Es tan sólo la respuesta a una frustración y puede aplicarse a los animales o a la rabia infantil.

¿Significa lo mismo *anger*, *liget*, *song*, *ziosc*, *furia*? No. ¿Tienen un núcleo común? Sí. Wierzbicka admite que "algo parecido a *anger*, *liget*, *song*, etcétera" es una emoción humana universal. En esto estoy de acuerdo. Cada campo sentimental admite gran número de variaciones. Es difícil traducir las palabras de un idioma a otro, pero se las puede estructurar todas en un diccionario universal, organizado alrededor de esos campos fundamentales. En esto estamos trabajando. El punto más difícil ha sido acotar las principales experiencias afectivas que sirven de organizadores léxicos. Pero este asunto excede los límites del presente estudio.

11

El léxico no es el único sistema de información que nos proporciona un lenguaje. Hay también sistemas metafóricos que nos permiten conocer los sistemas conceptuales que hay por debajo. El de la furia es especialmente rico.

La furia es calor. Hay dos versiones de esta metáfora, una en la que el calor se aplica a un líquido y otra a un sólido. Cuando se aplica a un líquido se entiende que está dentro de un recipiente. El cuerpo es un recipiente para las emociones. Nos llenamos de indignación, nos invade el terror. Es además un recipiente cerrado. Cuando la furia aumenta, hervimos de indignación, nos calentamos, sube la presión y, en el caso extremo, el recipiente estalla, la furia explota y suelta todo lo que había dentro.

Cuando el calor se aplica a un sólido, aparecen el fuego y las emociones arrebatadas, enrojadas.

La furia es una energía. Nos zarandea. Es una fuerza enemiga: a la que nos rendimos o que nos vence (lo venció la indignación, se rindió a la cólera).

La furia es una enfermedad. La furia hace perder el control, podemos volvernos locos de furia.

Estas concepciones metafóricas dejan, por supuesto, su huella en el léxico, mediante las catacresis, es decir, gracias a las metáforas lexicalizadas, que nos proporcionan indicios para reconstruir las experiencias básicas de un modo de entender la realidad.

12

¿Qué conclusiones podemos sacar de este viaje a la maraña lingüística? Parece que cada lenguaje analiza de manera distinta una experiencia común. Esto se ve muy claro en el campo de la percepción visual, por eso el fenómeno del color tiene un atractivo especial para el lingüista. Presenta con extraordinaria nitidez tres niveles diferentes: un fenómeno físico, una experiencia psicológica, un campo léxico.

En la realidad, los colores son franjas del espectro electromagnético. Es más exacto decir que esta radiación es el desencadenante físico de la experiencia de color, pero precisar este asunto no nos compete por ahora. Lo que para nosotros tiene importancia es que el espectro de los colores es un continuo y, sin embargo, hemos agrupado los colores en unos pocos segmentos. A. M. Kristol afirma que las lenguas románicas distinguen diez campos de color: blanco, negro, rojo, azul, verde, amarillo, gris, marrón, rosa, y violeta. Otras lenguas han segmentado los campos de manera diferente, con mayor o menor generosidad. El caso más notorio de tacañería léxica es el de los *dani* de Nueva Guinea, un pueblo de la Edad de Piedra, estudiado en 1970 por Eleanor Rosch. Sólo tenían dos nombres para los colores: *mola* para los claros y cálidos, y *milli* para los fríos y oscuros.

Esta situación plantea interesantes problemas. Podemos estudiar el mundo del color en sus niveles físico, perceptivo y lingüístico. ¿Qué relación hay entre estos niveles? ¿Percibimos el continuo cromático? ¿Los segmentamos arbitrariamente? ¿Está determinada nuestra percepción por el vocabulario de nuestra lengua? Lo que estamos tratando aquí es el viejo tema de las relaciones entre realidad, concepto y palabra.

Comencemos por el último punto. ¿Determina el lenguaje nuestras percepciones? Whorf así lo afirmaba. Los experimentos realizados por Rosch demostraron lo contrario. A pesar de la pobreza de su vocabulario, los *dani* reconocían los colores de un modo muy similar a como lo hacen los norteamericanos. Por lo tanto, las diferencias en la estructura léxica de los colores no guardaban paralelo con las diferencias perceptivas o de almacenamiento en la memoria o de grado de acceso a su recuerdo. "El léxico codifica aspectos del color que ya son notorios para el sujeto, en lugar de volver notorios tales aspectos" (Heider, 1972; Rosch, 1973a, 1973b).

Así pues, el léxico sólo recoge una parte de los significados proferidos por el sujeto —en este caso, perceptivos—, lexicaliza aquéllos por los que siente un mayor interés. El léxico de una lengua va aumentando con la incorporación o creación de nuevos términos, impulsada por un dinamismo analítico que fuerza a introducir distinciones, y a pasar de lo confuso a lo preciso. Según Kristol, de los diez campos cromáticos de las lenguas románicas,

que antes he reseñado, ni el *marrón*, ni el *rosa*, ni el *violeta* existieron en el periodo del latín clásico sino que son innovaciones comunes a las lenguas románicas.

El vocabulario cromático es extremadamente pobre en comparación con los colores que percibimos. Según los expertos el ojo humano puede percibir tres millones de matices de color. Sin llegar a esas abrumadoras cifras, el muestrario de colores editado por Pantone, incluye más de tres mil colores. Según el inventario de Angela Bidu-Vranceanu, en francés están lexicalizados alrededor de 126 colores y en rumano 260. De ellos, una minoría (23 en francés) son nombres de colores simples (amarillo, rojo, etcétera). Otros son derivados (azulado, verdoso, etcétera) y un grupo más amplio está compuesto por nombres de objetos, a los que se toma como poseedores de un color típico (violeta, naranja, fresa, etcétera).

Las investigaciones de Rosch parecen indicar que segmentamos la experiencia de acuerdo con categorías naturales. Creo que así sucede en el ámbito sentimental. En nuestra confusa, embarullada, multiforme vida afectiva podemos encontrar algo parecido a clases naturales. Son, posiblemente, los tipos básicos de enfrentamiento de nuestras necesidades con la realidad. En esas situaciones de triunfo o de fracaso, de satisfacción o decepción, está el origen de nuestro repertorio sentimental. Pero cada lengua ha lexicalizado de manera distinta esta experiencia común. Todo parece indicar, sin embargo, que la enorme variedad de palabras que designan sentimientos en la enorme variedad de lenguas inventadas por los hombres, pueden organizarse en unas pocas tribus semánticas que hacen referencia a las experiencias que todos compartimos.

En fin, he salido por un momento del bosque léxico de los sentimientos para explicarles algo de su flora, pero tengo que volver a su interior. ♦

Bibliografía

- Fernández de Palencia, Alonso, *Universal vocabulario en latín y romance*, Sevilla, 1490.
- Covarrubias y Orozco, Sebastián, *Thesoro de la lengua castellana o española*, 1611.
- Peñalver, Juan de, *Panlético. Diccionario universal de la lengua castellana*, Ignacio Boix, Madrid, 1842.
- Domínguez, Ramón Joaquín, *Diccionario nacional o gran diccionario clásico de la lengua española*, Madrid, 1846.
- Greimas, A. J., *Del sentido II* (en especial, el capítulo titulado "De la cólera. Estudio de semántica léxica"), Gredos, Madrid, 1989.
- Lakoff, George y Zoltán Kövecses, "The Cognitive Model of Anger Inherent in American English", en Holland, D. y N. Quinn (eds.), *Cultural Models in Language and Thought*, Cambridge University Press, 1987.
- Moliner, María, *Diccionario de uso del español*, Gredos, Madrid, 1966.
- Wierzbicka, Anna, *Semantics, Culture and Cognition*, Oxford University Press, 1992.